

## ***Palestina. Una nueva etapa en la lucha***

**Bendaña, Alejandro**

---

**Alejandro Bendaña:** Historiador nicaragüense, director del Centro de Estudios Internacionales de la Universidad Centroamericana, Managua. Durante el gobierno sandinista fue embajador en Naciones Unidas y secretario general del Ministerio del Exterior. Su libro más reciente es *Hegemonía y Nuevo Orden Internacional* (Managua, 1992). Ha sido profesor invitado en la universidad de Chicago; recibió su doctorado en historia de la Universidad de Harvard en 1979. El presente análisis fue elaborado tras una estadía en Israel y los territorios ocupados durante el mes de septiembre de 1993.

---

El acuerdo entre la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) e Israel, suscrito de manera secreta y controversial el 20 de agosto de 1993, marca un hito no sólo en la lucha del pueblo palestino sino también en la historia del conflicto árabe-israelí. En estos acuerdos se plantea el reconocimiento mutuo de ambas fuerzas y su derecho respectivo a compartir la tierra que fuera cedida por la Organización de Naciones Unidas para la creación del Estado sionista en 1947, así como de la posteriormente ocupada tras la victoria israelí sobre los países árabes vecinos en 1967. Aunque muchos aspectos del acuerdo no han sido aún precisados y otros quizás no sean públicos, la realidad es que a partir del entendimiento mínimo, el panorama político cambió radicalmente en toda la región, así como a lo interno para Israel y la OLP.

Lo importante no es lo poco que efectivamente cedió Israel al entregarle a la OLP un grado limitado de autogobierno en algunos de los territorios ocupados, sino el haber hecho una concesión que muchos en el propio Israel consideran de principio y califican de suicidio del Estado. Para la OLP se trata también de un giro radical en su política, toda vez que opta por priorizar la negociación directa y la lucha política de largo plazo, dejando atrás la confrontación militar y las demandas de liberación total e inmediata de los territorios ocupados. Al igual que en Israel, algunas agrupaciones palestinas califican el acuerdo como un suicidio para la OLP y una traición al objetivo de la independencia. De imponerse las fuerzas en contrario, por la vía política o mediante el recurso a la violencia, el acuerdo se puede convertir en un papel mojado. No obstante, aún cuando éste fuera el caso la situación nunca volverá al estadio anterior, sobre todo si los otros países árabes aprovechan la oportunidad para firmar sus propios tratados de paz con Israel.

Hasta el momento se conoce únicamente un acuerdo que concede a los palestinos algunos poderes civiles (turismo, salud, educación, policía) en la franja de Gaza y

en la ciudad de Jericó. Pero ello supone la primera etapa de lo que se ha denominado una «propuesta general para los territorios ocupados» a la que posteriormente se agregarían la desocupación militar de otras partes de los territorios intervenidos, quedando en el aire el estatus de Jerusalén, también ocupada en su parte oriental por Israel. Evidentemente el acuerdo es insuficiente si se mide dentro de los parámetros de lo que han sido los objetivos de lucha de la OLP, y lo establecido en su Carta.

También, en la práctica, anulan los planteamientos propalestinos defendidos por la gran mayoría de la comunidad internacional - expresadas en múltiples resoluciones de Naciones Unidas - a medida que el pragmatismo parece vencer los cánones más absolutistas de la justicia y del derecho internacional. Pero el acuerdo es fiel reflejo no de lo ideal, sino de lo posible ante la evidencia de una correlación de fuerzas bastante desfavorable para los palestinos, la cual impone reconsideraciones sobre la estrategia y tácticas a seguir, obligando a la OLP a negociar como parte de un viraje e intentar sacar algunas ventajas de una situación negativa. Para comprender el acuerdo, su posible significado y las polémicas que se han desatado, cabe analizar primero el contexto global, regional e interno de las partes interesadas.

### ***El marco internacional***

A lo largo de dos generaciones, la lucha del pueblo palestino ha contado con el apoyo de la mayoría de la comunidad internacional. A medida que nuevos países fueron alcanzando su independencia e ingresaron a la ONU, dieron mayoritariamente su respaldo a los planteamientos palestinos y árabes sobre la ilegitimidad de las posiciones de Israel, particularmente aquellas derivadas del uso de la fuerza militar, las agresiones contra países árabes, y el régimen de ocupación militar sobre los territorios de Cisjordania, donde habitaba la mayor parte de la población palestina antes de ser desalojados. Pocos y contados fueron los países que dieron su apoyo a Israel, pero entre ellos figuraron siempre Estados Unidos, Sudáfrica y algunos países centroamericanos. Los miembros del Movimiento de Países No Alineados dieron pleno respaldo diplomático a la OLP reconociéndola, incluso, como Estado en el exilio.

Los países de Europa occidental, atendiendo sus intereses particulares con los Países árabes, marcaron su distancia con respecto a EE.UU. y criticaron el comportamiento belicista e ilegal de Israel. En la correlación de fuerzas globales también figuraba el antiguo campo socialista europeo, plenamente identificado con la causa

árabe-palestina y quien suministró hasta su desaparición un importante apoyo diplomático y militar a la OLP. El derrumbe del bloque soviético y la guerra del Golfo resquebrajaron el soporte internacional de la causa palestina. Al desaparecer el apoyo socialista y dividirse gravemente el mundo árabe, la OLP quedó sensiblemente debilitada en términos de requerimientos militares y financieros. A partir de ello, sus dirigentes se ven en la necesidad de aceptar un nuevo marco negociador menos favorable que el de Naciones Unidas y más dominado por EE.UU.

En la nueva coyuntura, EE.UU. se muestra decidido a imponer soluciones a los problemas «regionales» aprovechando su nueva hegemonía global. Para ello propicia, con el apoyo de la Comunidad Europea y una Unión Soviética entonces en decadencia, la apertura de un nuevo proceso de negociación multilateral y bilateral entre varios países árabes e Israel que se inicia en la Conferencia de Paz sobre Medio Oriente en Madrid, en octubre de 1991. Por insistencia de Israel, la OLP queda oficialmente al margen de la reunión y de este proceso negociador, aceptando las autoridades de Tel Aviv únicamente dialogar con representantes palestinos de los territorios ocupados, quienes fueron incluidos como parte de la delegación oficial de Jordania.

### ***El campo árabe***

Con la conferencia de Madrid, Israel logró uno de sus principales objetivos diplomáticos al romper formalmente el bloque árabe, abriendo negociaciones bilaterales con las diversas partes y obviando el planteamiento histórico de Naciones Unidas de que el problema palestino constituía la médula del conflicto del Medio Oriente. De hecho y poco a poco, los diversos países árabes con querellas particulares contra Israel siguieron el camino del presidente Anwar Sadat de Egipto cuando en marzo de 1979 firmó un tratado de paz dejando de lado la causa palestina. Un factor determinante para el resultado de las negociaciones lo constituyó la división árabe a partir de la guerra del Golfo, cuando los principales países petroleros de la región entregaron el control de su política exterior y de seguridad a EE.UU. Al expresar la OLP sus simpatías con Irak, los regímenes árabes más reaccionarios castigaron a los palestinos cortándoles gran parte de los subsidios que estos recibían en forma abierta o privada.

### ***Israel y la resistencia militar***

Para todo visitante a Jerusalén resulta evidente que el gobierno de Israel se prepara para incorporar definitiva e irreversiblemente la Ciudad Santa a su jurisdicción,

habiendo llegado a proclamarla como capital eterna del Estado judío. Con este objetivo, en la capital religiosa de todo el mundo árabe se han multiplicado los asentamientos judíos, especialmente en aquellos sectores de la ciudad tomados por la fuerza en 1967 así como en el resto de los territorios ocupados. A todas luces, Israel no contempla hacer concesiones a los palestinos que pongan en peligro el estatus de los colonos que figuran como un componente fundamental de su política de seguridad. Toda fórmula de autonomía deberá ser compatible con la seguridad nacional, dicen los militares israelíes, con lo cual excluyen la independencia total de un futuro Estado palestino y se insiste en un resguardo del poderío estratégico israelí en dichos territorios.

A partir de la ocupación ilegal de los territorios árabes, sucesivos gobiernos israelíes propiciaron la instalación de asentamientos de civiles armados, destruyeron pueblos palestinos y confiscaron un 69% de la tierra en el margen occidental del río Jordán y un 49% en la Franja de Gaza, en beneficio de unos 110.000 colonos judíos en comparación con más de un millón de residentes palestinos. Mientras el gobierno de Israel promueve el asentamiento de inmigrantes judíos provenientes de diversas partes del mundo, a los palestinos que huyeron tras el conflicto de 1967 se les niega el derecho a regresar o visitar sus familias en las zonas ocupadas. El poderoso ejército israelí, que mantiene todos los territorios ocupados bajo su mando directo, venció en la guerra de 1967 pero no ha logrado someter al pueblo palestino. Adolescentes, niños, mujeres, ancianos y pobladores en general respondieron su represión con una gesta de resistencia conocida como la intifada, palabra árabe que significa sacudirse o quitarse de encima. Soldados israelíes son blancos de pedradas y de campañas de resistencia activa de parte de una sociedad civil desafiante hecha prisionera en su propia tierra.

La intifada tiene su apogeo en 1987, manteniéndose particularmente activa en la Franja de Gaza. La OLP a su vez buscó impulsar las negociaciones reconociendo a finales de 1988, el derecho de Israel a existir y repudiando el recurso al terrorismo. La combinación de flexibilidad negociadora con una tenaz resistencia civil incidió sobre Israel. En la franja de Gaza, donde la miseria y el desempleo son más agudos, la situación se volvía insostenible para la potencia ocupante, llevando a Israel a buscar una negociación que redujera los costos de su permanencia sin perjuicio de la siempre alegada «seguridad» nacional. A lo anterior se agrega el hecho de que un 17% de la población de Israel es de origen árabe, lo cual le impone la necesidad de asegurar una coexistencia.

La guerra del Golfo y el lanzamiento de proyectiles contra Tel Aviv demostraron también a los israelíes que su seguridad no la garantizaban las conquistas militares de 1967, ni el considerable poderío atómico de sus misiles sofisticados de mediano alcance. Por lo tanto se hacía necesario llegar a un acuerdo político aprovechando la nueva hegemonía política norteamericana, el desmembramiento del campo árabe y la crisis financiera de la OLP. A la vez, el gobierno israelí, debía minimizar los costos políticos internos de la negociación, toda vez que organizaciones de extrema derecha israelitas han mantenido una firme oposición a la devolución de territorio alguno que ponga en peligro la seguridad de Israel y conlleve la creación de un Estado independiente palestino, tal como se propone la OLP.

### ***La crisis de la OLP***

Como producto de la firma del proyecto de acuerdo, se vive una situación dramática al interior de la OLP. No tiene precedentes el nivel de divergencias manifestadas entre las diversas agrupaciones político-militares que integran la OLP, divisiones que se expresan entre la misma población palestina, tanto la que vive en el exilio como la de los territorios ocupados. Los objetivos históricos de la OLP no son los factores de la discordia, sino las nuevas modalidades con que Al Fatah - la organización mayoritaria dentro de la OLP, dirigida por Yaser Arafat - considera necesario adoptar ahora para viabilizar la lucha y obtener la consecución de sus metas. La pregunta central del momento entre los palestinos es si el acuerdo actual, negociado por Arafat y miembros selectos de su equipo de colaboradores, acerca o aleja al pueblo palestino de sus derechos y aspiraciones históricas.

Evidentemente las interpretaciones del acuerdo son disímiles. Para Arafat el acuerdo ofrece: a) reconocimiento diplomático; b) una presencia legalizada en los territorios ocupados y c) recursos financieros potencialmente aportables por la comunidad internacional que permitan a la OLP sostener una red cívica interna y hacer de la autonomía una base segura para exigir posteriormente la independencia y la devolución de Jerusalén. Para Al Fatah y los defensores palestinos del acuerdo, ya no existen condiciones políticas globales o regionales ni medios militares y financieros para sostener la lucha armada y diplomática. Por ello consideraron imperativo hacer concesiones que llevaran a Israel a hacer otras. El momento para estas concesiones no podía ser peor, en tanto la OLP estaba en una posición de debilidad relativa, pero sus defensores alegaron que en la coyuntura mundial nadie podía garantizar que las cosas no empeoraran todavía más. Por lo tanto, estimaron necesario garantizar la permanencia de la lucha trasladándola al plano político en el mismo territorio palestino, agarrar al toro por los cuernos y deja atrás el espejismo de la toma del

poder por la vía militar. Un trago amargo, dice Arafat, pero nadie explica en qué consistiría la alternativa; qué otro camino para comenzar a construir el proyecto palestino, no en los sueños y la retórica diplomática, a partir de una base real territorial, sin menoscabo de los objetivos históricos.

Sin embargo, para el Frente Popular y el Frente Democrático, también miembros de la OLP, Arafat cayó en una trampa norteamericana-israelí que pretende liquidarla OLP, neutralizar en todos los terrenos la lucha palestina y legitimar la modernización y perpetuación de la ocupación israelí. Según ellos, la autonomía se contradice con la independencia, y si la OLP abandona su compromiso constitucional con la independencia y la recuperación total de los territorios, renunciando a la lucha armada, entonces deja de ser la Organización para la Liberación de Palestina y Arafat ya no puede negociar a nombre de la organización. Se objeta asimismo al procedimiento secreto e inconsulto utilizado, el cual provocó la dimisión temporal del equipo negociador oficial paralelo que asistía ritualmente a las conversaciones de Washington. De igual forma la gran mayoría de los dirigentes palestinos fueron totalmente excluidos de las deliberaciones secretas que se llevaban a cabo en Oslo, Noruega. No fue tarea fácil para Arafat aplacar los ánimos en su propia organización o entre los gobiernos árabes. Según el Frente Popular y el Frente Democrático, Arafat habría provocado la crisis al aceptar inconsultamente un plan elaborado en Washington e Israel a cambio de compensaciones financieras. Todo ello se traduciría en la prolongación y profundización efectiva de la ocupación israelí y, en el peor de los casos, la desintegración de la misma OLP. Representantes de George Habash, máximo representante del Frente Popular, consideraron que el gobierno de Israel defendiera ahora la figura de Arafat hablaba por sí mismo, ya que aquel había ido mucho más allá de todo margen tolerable para permitir la anexión. Dentro de este marco, una unidad palestina subordinada a Arafat y a la OLP no tiene sentido, ya que equivale a permanecer de brazos cruzados o aceptar una traición aún más seria que la que hiciera el presidente Sadat de Egipto al firmar la paz con Israel, agregaron.

Evidentemente, las diferencias entre los grupos palestinos no son nuevas y florecieron ya durante las negociaciones de Madrid, pero ahora se vuelven más recriminatorias. Sin embargo, los términos del debate siguen siendo más generales que específicos, por lo cual no pueden descartarse que, con mayores explicaciones y detalles, Arafat una vez más pueda conseguir un consenso mínimo. Los primeros en insistir en la ratificación democrática son los mismos israelitas, quienes, al igual que el Frente Popular, plantean que los compromisos de Arafat deben ser aprobados por el Consejo Nacional Palestino, cuyos miembros viven en diversas partes del

mundo. Actualmente se debate si Arafat tiene la facultad de modificar en la práctica la vieja Carta Nacional Palestina de 1964, tal como lo demandan los acuerdos. Ya en una ocasión, Arafat había dicho que la Carta no resultaría vigente para los nuevos tiempos, pero no todos aceptaron tal afirmación. Para Arafat, se trata de asegurar lo máximo posible en la coyuntura más difícil que ha vivido la lucha palestina, asfixiada económica y diplomáticamente. Según el veterano líder de la OLP, aparte de los beneficios políticos que significa el reconocimiento legal de dicha organización por parte de Israel y de EE.UU., se plantea una nueva etapa en la lucha donde las negociaciones pasan a ser el nuevo terreno de contienda. Se trata ahora, en su opinión, de avanzar por la vía política hasta donde no se podría nunca llegar por la vía militar, arrancar a Israel nuevos poderes y nuevas zonas, hasta culminar en la independencia total y la recuperación de Jerusalén.

### ***La crisis en Israel***

El caos político parece reinar también en Israel, donde multitudes derechistas se han lanzado a las calles protestando los términos del acuerdo. El gobierno de Yitzhak Rabín requiere de toda su mayoría parlamentaria para asegurar la ratificación del acuerdo, y sus opositores se empeñan en negarle respaldo manipulando a los diversos partidos minoritarios que componen la coalición que permite gobernar al laborismo. Al igual que sus contrapartes palestinas, denuncian la secretividad y demandan un referendun popular antes de pactar con quienes a lo largo de una generación han sido identificados como demonios en los medios de prensa israelitas. Por el momento, el gobierno israelí se enfrasca en vender el acuerdo a sus respectivas poblaciones y partidos políticos y, al igual que en el caso de Arafat, interpretan el acuerdo de la manera menos ofensiva para sus correligionarios escépticos. El primer ministro Rabín y el canciller Shimon Peres insisten en que se trata de concesiones muy puntuales y poco novedosas: el reconocimiento de la OLP, en la práctica ya concretado al reunirse ambos en la mesa de negociaciones en Washington, y mayores poderes locales a las comunidades palestinas, que ya gozaban de algunos.

Frente a un supuesto incremento en la popularidad de los fundamentalistas islámicos comprometidos con la destrucción de Israel, el gobierno necesitaría de la OLP como interlocutora ante la población palestina. En todo caso, explicaron Rabín y Peres a la opinión pública israelita, se trata de concesiones muy limitadas en las cuales Israel se reserva todas las atribuciones en materia de seguridad y se posterga cualquier consideración sobre el estatus de Jerusalén. El gobierno argumenta que la OLP deja de ser enemigo de Israel al firmar este acuerdo renunciando a la

lucha armada, adquiriendo así un compromiso con la seguridad de su viejo enemigo; que el infierno de Gaza - como le llama la prensa de Tel Aviv - no es más que un gran dolor de cabeza para las fuerzas israelíes y, en todo caso, debe confiársele a Arafat su resguardo. A la vez, precisan que Israel mantendrá la seguridad «externa» de todos los territorios y permitirá a la OLP formar una autoridad policial únicamente para la seguridad «interna» en Gaza y en la ciudad de Jericó.

### ***El fantasma del fundamentalismo***

Despejado el espectro del comunismo y quizás el de la misma OLP como organización «terrorista», los países occidentales libran una campaña de desprestigio contra todo movimiento nacionalista árabe, acusándoles de ser fanáticos fundamentalistas extremadamente peligrosos, capaces de provocar atentados en El Cairo o activar bombas en Nueva York. En realidad, fue EE.UU. quien financió a los fundamentalistas en las contiendas que estos libraron contra fuerzas de izquierda, como fuera el caso en Afganistán y aún en la misma Palestina. Conviene ahora a Occidente vender la imagen del acuerdo presentando a la OLP, y a Arafat en particular, como un aliado ante la amenaza fundamentalista. Se trata de deslegitimar la resistencia o intifada presentándola a Occidente como la obra de musulmanes extremistas.

Es cierto que movimientos palestinos como el grupo Hamas son religiosos en su orientación, pero se pretende descalificarlos como interlocutores, en un nuevo intento de colocar la etiqueta de fundamentalista a quien se oponga al acuerdo negociado. De esta manera, Israel y los medios occidentales preparan el terreno político para lanzar nuevas ofensivas contra el pueblo palestino, aduciendo que representan corrientes fanáticas fundamentalistas. En la más reciente ola de arrestos y deportaciones por parte de Israel, se adujo que los capturados eran todos miembros de Hamas, cuando en su mayoría son miembros de la OLP, con el propósito de lograr mayor tolerancia por parte de la opinión pública mundial. Para Israel, el acuerdo vendría a justificar su política de represalias, argumentando, incluso, que la OLP debe colaborar para aplastar a los opositores pues, por definición, estos sólo pueden ser «extremistas».

En este contexto, nadie puede descartar la posibilidad de que las diferencias entre los palestinos recuperen una forma violenta. Seguramente ello está entre los cálculos de algunos estrategas israelitas que apuestan a las querellas internas que desataría el reconocimiento de la OLP. Hamas comparte las críticas hechas por el Frente Popular y el Frente Democrático en el sentido de que la cesión parcial de Gaza y Jericó puede ser la primera y la última concesión de Israel, orientada a imponer sobre



el pueblo palestino una autonomía incompatible con la liberación nacional y la recuperación de Jerusalén. No obstante, hasta el momento, líderes árabes y palestinos, incluyendo Hamas, se han abocado a la discusión de sus diferencias y no a resolver el asunto a tiros. Lo imperativo es evitar un desgarramiento material a lo interno de la resistencia, sobre todo entre la misma población palestina, donde cada cual asume su militancia activamente.

### ***La democracia palestina***

Afortunadamente, en los territorios ocupados los líderes representantes de las principales facciones, y en menor grado Hamas, han asumido la tarea de organizar foros públicos donde aparecen conjuntamente para debatir sus diferencias con respecto al acuerdo. En el peor de los casos, la OLP podrá disolverse como una coalición de las organizaciones enfrascadas en la resistencia palestina, en el mejor saldrá fortalecida a partir de una nueva compaginación de los métodos de lucha. La decisión es del pueblo palestino, y más allá del debate estratégico del momento, lo que va quedando claro para todas las facciones es la necesidad de profundizar el proceso de democratización a lo interno de las diversas organizaciones políticas y comunales.

Resulta irónico que aún cuando no cuente todavía con Estado propio, la nación palestina ya pueda considerarse como la más democrática del mundo árabe, a partir precisamente del carácter popular de la lucha y de las formas de organización que ella ha exigido. Aquí, precisamente, y no en el reconocimiento diplomático y la prometida generosidad de los países occidentales, radica la fuerza de la causa palestina. Los tiempos imponen nuevas formas de lucha, muchas veces en condiciones desventajosas, pero ello no implica el abandono de ideales que, al igual que los derechos, son irrenunciables.

Muchos palestinos plantean que las concesiones planteadas por Arafat son de principio, pre-excluyen la independencia y, en todo caso, son de tal importancia que no pueden ser el producto de consideraciones de cúpulas y requieren, cuando menos, de la aprobación del máximo órgano deliberador, como es el Consejo Nacional Palestino. Para quienes sostienen esta posición, el Consejo, aún cuando no es un organismo elegido, sí es bastante representativo. Otros palestinos exigen - al igual que en Israel - someter el acuerdo a un referendun popular. El problema es que, tanto en el caso de Rabín como el de Arafat, someter la negociación al escrutinio popular o legislativo hubiera equivalido a renunciar a la posibilidad de lograr el acuerdo final, a partir de las décadas acumuladas de odio y desconfianza en que las figuras

de Arafat o de Israel eran respectivamente los máximos símbolos del enemigo. Ambas partes tendrán que vencer sus oposiciones internas, ante la presentación de un hecho consumado, y buscar el respaldo financiero y diplomático de EE.UU. y la CE para apuntalar sus posiciones.

### *¿Un nuevo régimen para el Medio Oriente?*

Aún cuando los objetivos de la OLP e Israel son en principio antagónicos (Estado propio o autonomía limitada), llegan a un entendimiento que tiene como base la apreciación común de que el status quo no conviene a ninguna de las partes. Con todo y el cambio en la correlación de fuerzas internacional, resulta claro para la clase gobernante israelí que se requiere un entendimiento con el mundo árabe y la nación palestina, en tanto una política de confrontación permanente impone gastos financieros, diplomáticos y sociales insostenibles a largo plazo. Existen indicios por lo demás de rechazos de parte de una nueva generación israelí al servicio militar y a la militarización prevaleciente en esa sociedad. Seguramente habrá también presiones por parte de EE.UU. en el sentido de que la propia situación fiscal no les permite mantener una política de subsidio permanente hacia Israel. Más importante aún es la prioridad asignada por EE.UU. al acuerdo, como forma de lograr una estabilidad política que permita la expansión de los mercados actuales, y en la cual su aliado Israel pueda jugar un papel central en el desarrollo regional, siempre bajo esquemas liberales y seculares, para hacer un frente común con los árabes contra el nacionalismo islámico.

La propuesta sin duda es atractiva para países como Egipto, actualmente amenazados por minorías fundamentalistas, pero también para otras fuerzas en el área. Se plantea en este contexto la creación de un mercado común que abarque en una primera etapa los territorios ocupados palestinos, Jordania e Israel, y en el cual el peso económico y militar de Israel le otorgaría un papel determinante. En tanto, la «amenaza» de un Estado palestino se reduciría, toda vez que éste pasará a formar parte de una federación política y económica con Jordania. La materialización de tal plan requiere por un lado, un entendimiento con la OLP y particularmente con Arafat, y, por otro, de subsidios masivos de la comunidad internacional. Ya la CE, EE.UU., los organismos financieros multilaterales y algunos gobiernos árabes han señalado su disposición de financiar un plan de desarrollo a largo plazo en los territorios ocupados e incluso, para toda la región. Ello coincide con la visión estratégica de EE.UU. e Israel para el Medio Oriente. Dentro del marco del acuerdo palestino-israelí, organismos de la OLP figurarían entre los administradores de los proyectos que, a su vez, beneficiarían a una buena parte de la población. Pero la valo-

ración no puede ser simplemente macroeconómica, sino también humana y política: ¿hasta cuándo y hasta qué punto puede continuar pidiéndosele a los pobladores palestinos subsistir en condiciones de miseria y desempleo? La población palestina demanda, además de sobrevivir, condiciones mínimas y dignas de vida para sus hijos y comunidades.

Se abre en este contexto una esperanza, toda vez que los países desarrollados suministren un aporte material. Sin embargo, a la luz de las promesas incumplidas de las potencias occidentales con los países de Europa del Este, existen razones para el escepticismo. Algunos pronostican que una vez firmado el acuerdo, Occidente simplemente le terminará de dar la espalda a la lucha palestina, habiendo impuesto una «solución» injusta. Aún cuando se canalizaran los fondos - y concretamente los mil millones de dólares anuales por 10 años que requieren los territorios ocupados, según el Banco Mundial - ¿será Palestina la excepción a la política de condicionamiento ejercida por los organismos financieros internacionales? ¿A qué precio político será preciso pagar la recuperación económica? ¿No ha sido precisamente la política conciente de Israel el llevar la opresión política, económica y militar al punto de preparar el terreno para un acuerdo desequilibrado?

La angustia económica en los territorios ocupados, así como la espiritual de los palestinos en el exilio al impedirseles regresar a su patria, no pueden ser desatendidas por liderazgo alguno. Pero tampoco la pobreza atenúa el sentimiento político del pueblo, ni es posible desconocer su rechazo a una ocupación militar, causante de diaria y sistemática discriminación, vejámenes, interrogatorios, golpes, registros y humillaciones de toda clase. Defender la posibilidad de alcanzar una solución política negociada resulta difícil en este contexto. El régimen israelí simplemente no da muestras de variar su política de opresión ni su interés en afianzar la presencia en los territorios ocupados. En el análisis necesariamente deben figurar consideraciones de clase y de edad entre los mismos palestinos, por parte de quienes demandan una paz que les permita prosperar económicamente, y de otros, más jóvenes, que repudian la negociación y son atraídos hacia movimientos militares como el Hamas.

Efectivamente, el planteamiento del fundamentalismo islámico carece de las complejidades del planteamiento negociador: se trata simplemente de la justificación de la violencia contra la brutalidad de la potencia ocupante, hasta alcanzar la liberación de la patria. Lamentablemente, la misma política de ocupación alimenta el extremismo y, en efecto, bien puede tener como objetivo provocar un enfrentamiento militar al interior del mismo pueblo palestino. De aquí que la OLP, si bien

triunfa al lograr el reconocimiento de Israel y EE.UU., también enfrenta la crisis más grave de su historia al no quedar claro para el propio pueblo palestino si el reconocimiento es un premio de consolación a cambio de la renuncia a la lucha militar. Para el Frente Popular, los acuerdos no hacen más que legitimar la colonización de Palestina a manos de Israel, en tanto pretenden dar luz verde al Estado judío para continuar con su política de conceder a los palestinos residentes pequeñas y limitadas cuotas de control administrativo. Lo nuevo, según George Habash, es que los miembros de la OLP serían los nuevos colaboradores de la política israelí, cuando anteriormente eran sujetos de «ajusticiamientos». Esa colaboración se extendería al campo de la seguridad mediante la introducción de unidades de policías palestinas quienes, como lo afirmara Faizel Husseini - representante de Arafat en los territorios ocupados -, tendrían como misión cooperar con las fuerzas de seguridad israelíes para sofocar toda oposición, palestina o israelí, al acuerdo.

Por otro lado, toda reconstrucción económica capitalista, sin mayores cambios políticos, puede ratificar en lo esencial el control israelí sobre los antiguos territorios ocupados y abrirle paso a los beneficios comerciales derivados de una «normalización» de sus relaciones con los países árabes. Algunos estrategas israelíes contemplan, incluso, que la OLP, con Arafat a la cabeza, pueda convertirse en administrador más efectivo de un régimen nuevo siempre bajo la tutela de Israel. Cobran importancia al respecto una nueva ola de teorías que resaltan, por el contrario, el factor de la integración económica y la seguridad colectiva militar, por encima de la independencia de la nación. Claro está que se trata de una teoría predicada por los poderosos para convencer a los débiles. Ni Israel en el Medio Oriente (ni EE.UU. en el mundo) están dispuestos a ceder soberanía ni a redistribuir los beneficios de la expansión económica derivados de los esquemas liberalizantes de la integración regional. Lo que no pudieron lograr Israel y EE.UU. por la vía militar, ahora se lo plantean por la vía política y económica, sin prescindir por supuesto del recurso inconsulto a la fuerza en el momento que así lo dispongan. Quizás los esquemas de «modernización» occidentales (económicos, sociales, políticos e ideológicos) resultan tanto más atractivos en el mundo unipolar, a la luz del recrudescimiento del fundamentalismo nacionalista y religioso (judíos e islámicos) que rechazan los conceptos «globalizantes» y a los políticos que, con igual fervor ideológico, insisten en negar toda alternativa.

Si existe una alternativa a la lucha militar, distinta al actual plan de paz, lo dirán el propio pueblo palestino y los pueblos árabes. Corresponde a ellos decidir si dentro del marco de la autonomía puede darse una lucha cívica donde se desarrolle la capacidad organizativa del pueblo palestino para demandar nuevas cuotas de auto-

determinación hasta lograr la anhelada independencia. Tal puede ser la respuesta a la innegable intención de Israel de hacer «permanente la transición» y que el plan previsto a comenzar con Gaza y Jericó, se ciña a estos territorios y nada más. En todo caso incumbe únicamente a los palestinos determinar la modalidad que asumirá su lucha. El conflicto entra en una nueva etapa que exige nuevas estrategias y donde se somete a prueba la capacidad de los líderes políticos del pueblo palestino para, de manera unitaria, lograr articular fórmulas de lucha más adecuadas a las nuevas circunstancias en defensa de sus derechos irrenunciables.

Managua, octubre de 1993